

El fenómeno de los huertos urbanos y sus posibilidades para el Trabajo Social Comunitario

Modalidad: Teoría del Trabajo Social

Mercedes Muriel Saiz

Grado en Trabajo Social y Licenciada en Periodismo. Máster en Trabajo Social Comunitario, Gestión y Evaluación de Servicios Sociales. Experto Universitario en Salud Mental Comunitaria. Doctora en Trabajo Social y Servicios Sociales por la Universidad Complutense de Madrid.

“Cuando los espacios son de uso común, el huerto se convierte en lugar de encuentro y aprendizaje. [...] Es un medio para actuar en la consecución del bien común y el cuidado de los recursos naturales que nos sostienen hoy como civilización y que deben sostener a los que nos sucederán”

(Quesada y Matas, 2018).

Resumen

Este artículo examina el fenómeno de los huertos urbanos desde una perspectiva socio-comunitaria, analizando su potencial como espacios de cohesión social, participación ciudadana y dinamización vecinal en contextos urbanos marcados por la fragmentación y la soledad no deseada. A partir de una metodología basada en revisión bibliográfica y observación participante en el huerto comunitario *Ensancha el huerto* (Alcorcón, Madrid), se exploran los significados sociales, simbólicos y relaciones que adquieren estos espacios en barrios contemporáneos. El análisis muestra que los huertos urbanos funcionan como micro-ecosistemas de apoyo mutuo, aprendizaje intergeneracional, democratización de saberes y reapropiación del territorio, encarnando prácticas que cuestionan el individualismo, el productivismo y el urbanismo neoliberal. Asimismo, se evidencian las posibilidades de los huertos urbanos para el Trabajo Social Comunitario como herramientas para fortalecer vínculos, promover la participación informal y generar espacios de cuidados compartidos. El artículo revisa experiencias en diferentes territorios del Estado español y reflexiona críticamente sobre los riesgos asociados a la institucionalización, la mercantilización o la inseguridad jurídica de estos proyectos. Finalmente, se plantea la necesidad de integrar los huertos urbanos en la agenda del Trabajo Social como dispositivos comunitarios de gran valor para combatir la soledad, fomentar la cohesión grupal y promover formas de habitar la ciudad más sostenibles, inclusivas y cooperativas.

Palabras clave:

Huertos urbanos; trabajo social comunitario; cohesión social; vínculos sociales; participación ciudadana.

Abstract

This article examines the phenomenon of urban gardens from a socio-community perspective, analysing their potential as spaces for social cohesion, citizen participation and neighbourhood revitalisation in urban contexts marked by fragmentation and unwanted loneliness. Based on a methodology that combines a literature review and participant observation in the community garden Ensancha el huerto (Alcorcón, Madrid), the study explores the social, symbolic and relational meanings that these spaces acquire in contemporary neighbourhoods. The analysis shows that urban gardens operate as micro-ecosystems of mutual support, intergenerational learning, knowledge democratisation and territorial reappropriation, embodying practices that challenge individualism, productivism and neoliberal urbanism. The findings also highlight the relevance of urban gardens for Community Social Work, as they serve as tools to strengthen social ties, promote informal participation and foster shared care practices. The article reviews experiences from different territories in Spain and offers a critical reflection on the risks associated with institutionalisation, commodification and the legal insecurity surrounding such initiatives. Finally, it argues for the inclusion of urban gardens in the Social Work agenda as valuable community devices to address loneliness, enhance group cohesion and promote more sustainable, inclusive and cooperative ways of inhabiting the city.

Keywords:

Urban gardens; community social work; social cohesion; social bonds; citizen participation.

INTRODUCCIÓN

Este artículo es una reflexión sobre el espacio comunitario de los huertos urbanos como un lugar en el que desarrollar y tejer vínculos comunitarios, grupales y de cohesión social con la participación (o no) de figuras profesionales especializadas en intervención social, con especial interés en el papel y el rol de las trabajadoras sociales en estos espacios de dinamización y socialización vecinal. Los huertos urbanos pueden ser iniciativas informales, vecinales, asociativas, sin el amparo y la protección de las instituciones públicas, pero también pueden ser y, de hecho, son espacios urbanos protegidos y garantizados desde organismos públicos como ayuntamientos.

En los últimos años el interés académico y profesional por los huertos urbanos ha crecido de forma notable, no solo como objeto de estudio, sino como un fenómeno social que interpela directamente a la manera en que nos relacionamos con el entorno y con las demás personas en contextos urbanos cada vez más fragmentados. La expansión de estas

iniciativas coincide con un momento histórico en el que la ciudad contemporánea enfrenta profundas tensiones derivadas de la pérdida de espacios de encuentro, el debilitamiento del tejido comunitario y el incremento de la soledad no deseada entre distintos grupos de población, con especial presencia en grupos poblaciones como pueden ser las personas mayores.

En este sentido, los huertos urbanos representan no solo un retorno simbólico a prácticas ligadas a lo rural, lo territorial, lo cotidiano, sino también es una expresión de resistencia cotidiana frente a las lógicas urbanísticas que priorizan la productividad, la velocidad y el consumo por encima del bienestar relacional, la vecindad y la sostenibilidad socioambiental.

Asimismo, los huertos urbanos emergen como laboratorios sociales donde se ensayan nuevas formas de participación ciudadana, modelos de gestión colectiva y dinámicas horizontales de convivencia que cuestionan las estructuras jerárquicas tradicionales y que pretenden, o al menos lo intentan, combatir el individualismo imperante en esta sociedad neoliberal. Parece que estos espacios de encuentro comunitario ponen en juego procesos de aprendizaje intergeneracional, intercultural y comunitario que permiten explorar alternativas al individualismo urbano, favoreciendo experiencias de cooperación, apoyo mutuo y construcción de lo común.

Para el Trabajo Social esta unión de prácticas, significados y potencialidades convierte a los huertos urbanos en espacios privilegiados para repensar la intervención social desde perspectivas más abiertas, situadas y ancladas en el territorio local. De esta forma, lo que aquí se presenta es un trabajo de reflexión que busca despertar el interés por los huertos urbanos como espacios de socialización comunitaria, como lugares a los que -salvo experiencias puntuales y aisladas-, no se le está prestando el interés que pudieran tener para una profesión como el Trabajo Social, que posee en su ADN el interés y la motivación de fortalecer los vínculos comunitarios y grupales, trabajando con las personas en su contexto social más cercano, lo local.

Así, estudiar y pensar sobre los huertos urbanos implica abrir una ventana a formas emergentes de habitar la ciudad, de ocupar los espacios públicos y de reconstruir vínculos comunitarios en contextos caracterizados por la fragmentación social. También supone reconocer el papel que pueden desempeñar las trabajadoras sociales en estos escenarios, profesionales capacitadas para acompañar procesos de participación, dinámicas grupales o, incluso, promoviendo la cohesión social en barrios donde la vida relacional se encuentra debilitada por los ritmos vitales impuestos.

Por todo ello, este artículo se adentra en el fenómeno de los huertos urbanos entendidos como espacios de oportunidad, como dispositivos comunitarios capaces de transformar la experiencia urbana y como herramientas complementarias para la intervención social contemporánea.

METODOLOGÍA

El artículo aquí presentado se fundamenta en una reflexión que pretende ser de utilidad para el colectivo profesional de las trabajadoras sociales, así como otras profesiones dedi-

cadas a la intervención social comunitaria, que parte de discurrir sobre el fenómeno social de los huertos urbanos como posibles espacios de socialización en espacios el individualismo es el modo de vida y de relación predominante. Así, de parte de una conjetura analítica inicial como es la existencia de elevados niveles de soledad no deseada en poblaciones de distintas edades residentes en contextos urbanos densamente poblados, caracterizados por dinámicas sociales marcadas por la lógica de la individualización del vivir y el habitar. Desde esta premisa, se plantea el estudio de los huertos urbanos como espacios de socialización comunitaria, apoyándose en investigaciones previas que han demostrado su potencial como herramienta de intervención social grupal en entornos locales y barriales. Con el fin de profundizar en este fenómeno, el objetivo general de este artículo se concreta en los siguientes tres objetivos específicos:

- (i) Examinar experiencias de gestión comunitaria de huertos urbanos mediante el análisis de iniciativas desarrolladas en el contexto español, con especial atención al caso madrileño.
- (ii) Analizar los significados sociales, simbólicos y relaciones que adquiere un huerto urbano en contextos barriales caracterizados por altas dosis de individualidad.
- (iii) Proponer una mirada renovada sobre las posibilidades que estos espacios ofrecen a la intervención social, en particular desde el Trabajo Social Comunitario, como motor de dinamización y cohesión social.

La propuesta metodológica del artículo combina la revisión bibliográfica y la observación participante. En primer lugar, se llevó a cabo una revisión bibliográfica exhaustiva y sistemática en bases de datos científicas nacionales e internacionales con el objetivo de acceder a documentos académicos, técnicos y profesionales (Dialnet, Google Scholar, Scielo, Emerging Sources Citation Index, FECYT, Web of Science MIAR), así como otros repositorios de acceso online como ResearchGate. Esta búsqueda bibliográfica permitió delimitar y elaborar un marco conceptual sólido que ayudará a la reflexión teórica del artículo, así como a la orientación de la interpretación de las experiencias analizadas.

Esta revisión se ha centrado por una parte en la lectura y posterior diálogo con los principales documentos que abordan el fenómeno de los huertos urbanos, especialmente lo que refiere al significado social, relacional y simbólico de estos, siendo motivo de exclusión aquellos textos que se centrarán única y exclusivamente en aspectos más vinculados a cuestiones como la agronomía, los estudios medioambientales o los análisis puramente económicos de estos fenómenos. En contraposición, fueron criterios de exclusión textos elaborados desde diversas disciplinas como la Sociología, la Antropología, la Educación, etc. Además, se realizó una búsqueda de la literatura existente sobre huertos urbanos y su relación directa con la intervención social comunitaria, especialmente desde el Trabajo Social Comunitario y, más concretamente, en el territorio español. Lo que dio lugar al hallazgo de la escasez de literatura especializada sobre esta cuestión.

En segundo lugar, se realizaron visitas aplicando la técnica de la observación participante a un huerto urbano situado en el municipio madrileño de Alcorcón, en concreto en el barrio del Ensanche Sur. Se entiende por observación participante una técnica de investigación propia de la perspectiva cualitativa, que Taylor y Bogdan (1984) explican como la involucración de la interacción social entre el investigador y los informantes en un escenario social o ambiente concreto. Asimismo, la observación participante implica para la persona investigadora, ir más allá de lo observado, en tanto que “toda observación es una construc-

ción analítica a través de la cual explicamos e interpretamos la realidad, seleccionando un ámbito específico del campo social. La observación es perspectiva, constituye un punto de vista” (Fernández-Droguett, 2009, p. 52).

En definitiva, se puede afirmar que la utilización de esta técnica permitió conocer de primera mano el funcionamiento, las dinámicas relacionales y las prácticas comunitarias desarrolladas en torno a dicho espacio. La implicación en conversaciones informales con personas usuarias y dinamizadoras de este espacio comunitario facilitó la identificación de elementos significativos para el análisis y permitió matizar los hallazgos provenientes de la revisión bibliográfica. La observación se utilizó, así, no solo como un recurso descriptivo, sino como un mecanismo interpretativo que contribuyó a contrastar, profundizar y enriquecer la reflexión teórica que acompaña este trabajo.

LA AGRICULTURA URBANA: APROXIMACIONES AL FENÓMENO DE LOS HUERTOS URBANOS

La agricultura ha acompañado a los hombres desde el inicio de los tiempos, sin embargo, con el desarrollo de las grandes urbes se había quedado relegada y vinculadas a contextos rurales y a espacios residuales en grandes ciudades cuando las familias que emigraban a las urbes trataban de reservar un pequeño espacio de terreno para cultivar sus propias cosechas en sintonía con lo que se acostumbraba a hacer en los pueblos. De hecho, desde hace mucho tiempo, las poblaciones que emigraban del campo a las ciudades acostumbraban a tener una parcela para cultivar sus tierras o bien los grandes empresarios acostumbraban a ofrecer tierras de cultivo a sus trabajadores como una forma de complemento salarial. Esto son los conocidos como *allotments* en Reino Unido. Será en los últimos años cuando se pase de esa idea de huerta familiar a la idea de agricultura o huerto urbanos tal y como se entiende en el imaginario colectivo de las grandes urbes.

El desarrollo urbano y su lógica productivista ha alejado al hombre del contacto con lo natural, lo primario, lo que puede ofrecer la tierra. Esta tendencia a sufrir un distanciamiento con el contacto terrenal del cultivo y la agricultura se ha visto revertido en las últimas décadas por el surgimiento y desarrollo de espacios donde se realiza un viaje de retorno a los orígenes en tanto que las personas, insertas en dinámicas urbanas estresantes, con largas jornadas laborales, consumo de tecnología por encima de lo saludablemente recomendable, y lógica productivista buscan de alguna forma combatir ese malestar urbano a través de generar espacios de encuentro y cohesión social como son los huertos urbanos. En este sentido, desde hace algunas décadas se experimenta en las grandes ciudades que la agricultura dentro de la ciudad no es un fenómeno inédito y de alguna forma ha pasado a ser característico de espacios urbanos o semiurbanos como municipios con alta densidad de población (Fantini, 2016).

Cuando se alude al fenómeno de los huertos urbanos, no se habla de aquellos espacios en los que las familias cultivan sus verduras, legumbres y frutas, sino que se refiere a huertos urbanos creados a la luz de la necesidad de establecer y tejer vínculos comunitarios en sociedades cada vez más individualizadas. La agricultura urbana entendida como aquella que tienen su origen en la década de los setenta, cuando se comienza a entender que esta agricultura urbana puede ser un espacio óptimo de posibilidades para lograr el desarrollo

comunitario, la cohesión social y la educación medioambiental (Ritcher, 2017). Esto es entender y comprender los huertos urbanos como espacios que suponen una ruptura con la tradicional forma de entender el cultivo, no es un espacio de sacrificio y de necesidad ligado al cultivo para obtener alimentos de subsistencia, no es el esfuerzo físico de supervivencia que condicionaba y articulaba las vidas de las personas agricultoras.

No es tampoco la limitada visión aportada por la FAO que solo entiende la actividad que en ellos se realiza y el destino de su producción (Ballesteros, 2011) sino que cuando se hace referencia a huertos urbanos entienden desde un prisma que les otorga el significado de espacio vinculado a la experiencia del ocio, a actividades de tiempo libre, con una relación de significados cercanos a la participación ciudadana, la educación medioambiental, la protesta política, la experiencia lúdica, el ejercicio físico, y, por supuesto, el desarrollo comunitario (Ritcher, 2017). De hecho, este mismo autor explica en su investigación doctoral que el fenómeno de los huertos urbanos es una realidad en auge en tanto que si se presta atención a los observatorios mundiales se pueden identificar que en un breve lapso el crecimiento y la expansión de estos espacios ha sido muy significativo.

Es más, el aumento de la producción científica en torno a esta realidad es también una muestra evidente del crecimiento interés de la sociedad por la agricultura urbana. “A raíz del año 2000 principalmente, la producción científica se dispara en multitud de ámbitos, que la agricultura urbana constituye un área de interés para distintas disciplinas, entre las que se puede destacar el Urbanismo, los Estudios Medioambientales, la Sociología, la Medicina Terapéutica o la Pedagogía” (p. 53) y, cabe añadir también, el ámbito de la intervención social, concretamente del Trabajo Social Comunitario. Se ha convertido en objeto de investigaciones, talleres formativos, redes de colaboración y asociacionismo digital en torno a huertos urbanos, producción de libros y un sinfín de actividades que se desprenden de este fenómeno. Se trata entonces, de un fenómeno en expansión que no es heterogéneo en sus formas, pues existen multitud de maneras de desarrollar este abordaje en función de la mirada de quien los analice. De hecho, se llega a hablar de la *hortodiversidad* (Fernández-Casadevante y Morán, 2012) como una de las características que adopta esta agricultura urbana y, de acuerdo con Fantini (2016) en su tesis sobre huertos urbanos en Barcelona, se puede afirmar que estos huertos tienen funciones ecológicas-ambientales, productivas, económicas y las que tienen mayor interés para el Trabajo Social, funciones sociales y políticas.

En sintonía con la heterogeneidad funcional de los huertos y siguiendo con la idea de comprender qué entendemos por huertos urbanos, San José (2017) en un libro sobre *Periferias urbanas. La regeneración integral de barriadas residenciales obsoletas* se refiere a los huertos urbanos de la siguiente forma:

Espacios verdes comunitarios que se gestionan de forma conjunta y participativa tanto en su configuración como en su desarrollo. Estos espacios, representan un tipo de sistemas de propiedad común, es decir que la tierra y sus recursos están gestionados y pertenecen a una cierta comunidad, asociación o colectivo de gente, convirtiendo espacios desocupados y sin una función clara, en espacios verdes multifuncionales, fomentando la cohesión social y el trabajo cooperativo y brindando de esta manera a una gran cantidad de ciudadanos la posibilidad de manejar la tierra y los recursos naturales en los entornos urbanos y participar en la creación de una ciudad más habitable (p. 364)

Otra de las formas de entender y dar sentido a los huertos urbanos se encuentra en relación con posturas que apuestan por la sostenibilidad ambiental, relacional, económica y de ilusiones (Fernández-Nieto y Gallego, 2013). Estos autores en un artículo sobre la experiencia del Huerto Aliseda 18, como uno de los huertos madrileños con mayor significado comunitario, entienden estos lugares como una forma de recuperación de espacios urbanos, que de “forma participativa puedan contribuir a la visibilización del problema de abastecimiento de alimentos a las grandes ciudades y sensibilizar a sus habitantes sobre la necesidad de impulsar procesos innovadores hacia estrategias de alimentación más coherentes con los recursos disponibles” (p. 106). Esta idea de dar respuesta al abastecimiento de los alimentos se encuentra estrechamente relacionado con el concepto de soberanía alimentaria (Fernández de Casadevante y Morán, 2012).

Es además relevante, en esta modesta aproximación al fenómeno de los huertos urbanos pensar su acercamiento desde el sentido ecológico, relacional y político en tanto que también pueden actuar como una crítica al productivismo, al individualismo y al neoliberalismo urbano. En este sentido, es pertinente traer aquí también de manera breve algunas reflexiones sobre el decrecimiento como una manera más profunda de entender esta lectura sobre los huertos urbanos, en tanto que el decrecimiento critica y se opone al crecimiento ilimitado, impulsando iniciativas poscapitalistas como pueden ser micro-espacios impregnados de prácticas cotidianas como los huertos urbanos.

En un contexto en el que el individuo y su capacidad de turbo-producción han pasado a ser el centro de toda dinámica, no se ha de obviar el encaje de los huertos urbanos con el paradigma del decrecimiento como espacio “contrahegemónicos” que cuestionan la centralidad de esa lógica productivista, el consumo desorbitado y la mercantilización y privatización de los espacios urbanos (Harvey, 2008). En esta línea, los huertos urbanos serían relevantes para el Trabajo Social Comunitario más allá del valor hortícola, sino que pueden favorecer la creación de comunidades con estilos de vida más sosegados, cooperativos y sostenibles, donde los cuidados sean hacia la tierra y entre los humanos.

Esto no es, sino la búsqueda de mecanismos de revertir un contexto urbano atravesado por la aceleración y el despilfarro, apostando por la relocalización, lo cotidiano, lo cercano que pueda permitir la autosuficiencia moderada. Una búsqueda coherente con los principios decrecentistas (Latouche, 2009).

EXPERIENCIAS DE HUERTOS URBANOS EN ESPAÑA COMO ESPACIOS DE COHESIÓN GRUPAL Y COMUNITARIA.

El caso de Andalucía

La creciente difusión del fenómeno va de la mano de la creciente proliferación de huertos urbanos en todo el territorio nacional. En este sentido, a continuación, se rescatan algunas de las iniciativas sistematizadas en investigaciones sobre agricultura urbana y que poseen relevancia para este artículo por su vinculación y preocupación por entender los huertos urbanos como espacios de cohesión social y como una forma saludable de tejer vínculos comunitarios. Puente Asuero (2015) en su tesis doctoral rescata las iniciativas de huertos urbanos con mirada social el territorio de Andalucía. A continuación, se pasan a explicar algunas de las más relevantes:

Huerto Urbano Parque de Miraflores (Sevilla): Este huerto surge a finales de la década de los ochenta, y si antes ocupaba un espacio salvaje, ahora se ha quedado integrado en nuevos barrios de ampliación de la ciudad. En la actualidad lo conforman desde personas menores hasta personas mayores jubiladas, pasando por gente adolescente y adulta que compagina las actividades comunitarias con su vida personal y laboral. Se trata de un espacio que está organizado en diferentes huertos, no siendo un espacio común con un único huerto para toda la colectividad, sino que se podría hablar de mini parcelas cultivables. De esta forma, la diversidad de usos sociales que se le da a estas parcelas pasa por encontrar huertos escolares hasta huertos dedicados al cultivo de productos que luego se ponen a la venta en tiendas ecológicas del barrio.

Huerto urbano Los Barrios (Cádiz): Este huerto urbano es un ejemplo adecuado de iniciativa institucional, pues nació del propio ayuntamiento impulsada por profesionales técnicas del consistorio. Es decir, no es un espacio autogestionado por las propias personas participantes de la dinámica del huerto. Sino que posee el respaldo y la garantía de las instituciones municipales y, de hecho, cuenta con fondos de la Junta de Andalucía. Es de una gran extensión y se encuentra también organizada por parcelas, con diferentes funcionalidades como el ocio, el autoconsumo y la formación medioambiental. En sus inicios ha sido frecuentado con mayor intensidad por personas mayores, aunque es cierto que el autor andaluz explica como poco a poco se nota un incremento de personas jóvenes al considerarse un fenómeno en extensión con mayor permeabilidad entre las personas adolescentes por ser algo que “está de moda”.

Huerto Urbano Parque de la Asomadilla (Córdoba): Es un proyecto de huerto urbano relativamente reciente y se encuentra integrado en una zona de parques y jardines de un barrio de nueva construcción. Como en el caso anterior también cuenta con apoyo institucional, en este caso del Ayuntamiento de Córdoba. El propósito de este espacio es de generar formación en horticultura y en cuestiones medioambientales y relacionadas con el cambio climático. Se reserva la participación de cualquier persona, pues se ha de cumplir el requisito de empadronamiento en el Ayuntamiento para poder participar.

Este huerto posee una parte más dedicada al cultivo propiamente dicho para consumo de las vecinas y vecinos participantes, así como también posee una parte comunitaria que puede resultar de interés para la intervención social porque a partir del encuentro en este espacio, se desarrollan asambleas, jornadas y talleres formativos como forma de procurar y asegurar la dinamización vecinal en barrio de nueva construcción donde muchas veces la propia arquitectura con urbanizaciones de manzana cerrado impiden este tipo de relaciones vecinales.

El caso de Barcelona

En contraposición a estas iniciativas en el territorio andaluz de corte formal e institucionalizado, a continuación, se recogen otro tipo de experiencias a partir de la tesis de Fantini (2016) cuya lógica es más la de un espacio creado a partir de la informalidad y la autogestión.

Huerto urbano de Can Masdeu (Barcelona): Está situado en el distrito de Nou Barris, un lugar históricamente habitado por población de origen obrera, así como emigrantes rurales. Este proyecto nace en 2001, a partir de una okupación del espacio por parte de un grupo de personas jóvenes cercanas al movimiento ecologista y de ideología libertaria.

Por este hecho tuvieron que pasar por un proceso judicial que superaron, y finalmente el proyecto de crear un huerto urbano en ese espacio pudo salir hacia adelante. Es un proyecto que cuenta entre otros recursos con un centro social abierto para todas las personas que se quieran acercar donde se desarrollan actividades educativas, sociales y políticas. El hecho de cultivar en sí tiene importancia en tanto que sus integrantes poseen una mirada cercana al ecologismo, aunque lo que realmente convierte a este proyecto en relevante es su perspectiva y mirada sociocomunitaria, pues entre los principios de sus integrantes se encuentra el fomento de las relaciones intergeneracionales e interculturales. Además, cabe señalar que las decisiones se toman en una asamblea que se celebra mensualmente, pues esta organización posee formas de gestión horizontales.

El caso de Valencia

Huerto urbano de Benimaclet (Valencia): La región valenciana por su localización geográfica siempre ha tenido un especial interés en temas de cultivo agrario, pero explica el autor en su investigación que también debido al impacto de la corrupción en la ciudad de Valencia, se han generado bolsas urbanas de pobreza, segregación y desigualdad. En esta línea, son muchos los barrios o los municipios valencianos que cuentan con varias experiencias de gestión de huertos de manera comunitaria como mecanismo de revitalización de muchos de estos barrios y territorio deprimidos. Este es el caso del huerto semiurbano de Benimaclet, que es fruto de una iniciativa vecinal para resignificar parcelas abandonadas que con la llegada de la crisis se habían quedado como basurero de depósitos de obras, construcciones sin terminar y escombros.

En sus inicios, se plantea como una forma de dar a conocer la cultura hortícola a las vecinas, así como una posible forma de autoabastecimiento para las personas vecinas participantes en el proyecto. Esta experiencia es interesante en tanto que da cuenta de una lucha vecinal por recuperar espacios colectivos, hasta tal punto de que llegaron a lograr que la empresa BBVA donara los terrenos al Ayuntamiento y, posteriormente, que el consistorio les permitiría quedarse en estos terrenos para continuar desarrollando sus actividades agrícolas, medioambientales y sociales. Actualmente es un espacio autogestionado por las propias personas vecinas que cuidan los huertos.

No cuentan con apoyo institucional y de igual manera que sucedía en el caso anterior, todas las decisiones son tomadas por una asamblea desde una lógica de horizontalidad y de igualdad. Destaca la perspectiva social que tiene este proyecto vecinal, porque han logrado que esos terrenos se queden fuera de la especulación del negocio inmobiliario, convirtiéndose en una referencia en el territorio valenciano de un espacio horizontal con talleres, actividades y autogestión vecinal para el fortalecimiento de la cohesión social en un territorio calificado como deprimido.

Este huerto es motivo de numerosas reflexiones e investigaciones de corte social, entre las que destacamos la de Gómez-Cuenca (2012) con su artículo *La primavera florece con los huertos urbanos vecinales de Benimaclet*. El autor es un trabajador social que participa activamente en este espacio, pues encuentra un espacio idóneo para la intervención social. No es solo una apuesta ecológica -que también- sino que se ha convertido en un espacio desde el que reivindicar de manera grupal y comunitaria el derecho a espacios urbanos social, medioambiental y culturalmente sostenibles. Se ha convertido en el reflejo de la participa-

ción ciudadana en Valencia, donde en palabras de este trabajador social se “escenifica el derecho a la igualación efectiva de oportunidades, la potenciación de la producción colectiva de saberes y de aprendizajes horizontales” (p. 83). Se trata pues, de una de reapropiación de espacios comunes, que trata de apostar por la creación de tejido comunitario, poniendo en valor los saberes de las vecinas (muchas veces subalternizados) donde se ejemplifica las potencialidades de un huerto urbano para desarrollar intervenciones sociales.

El caso de Zaragoza

En cuanto al territorio aragonés, de acuerdo con Arredondo (2017) se rescata la iniciativa zaragozana de “Esto no es un solar”, promovido por el Ayuntamiento de la ciudad desde 2009. Si bien no es una experiencia de espacio autogestionado como en los casos anteriores pues partió de una implicación de la Administración pública, sería similar a las experiencias andaluzas con la peculiaridad que a partir de recoger opiniones de las vecinas se logró la consecución de esos lugares que provocó una resignificación de espacios en barrios como San Pablo o La Magdalena. Para su puesta en marcha se encargó a unos arquitectos que aportaran vida y dinamismo a solares abandonados de la ciudad. En un principio se pensó como algo temporal, pero se fue extendiendo a diferentes solares y hace años ya se habían creado espacios de agricultura urbana en veintinueve solares de la ciudad de Zaragoza. Con esta propuesta el Ayuntamiento pretendía lo siguiente: “Aprovechando la red de vacíos urbanos pretendían la introducción de usos públicos que permitieran, por un lado, cambiar un contexto de abandono e insalubridad y, por otro, ofertar servicios ausentes en el casco histórico como jardines, huertos, espacios deportivos o juegos para niños” (p. 8). Sin embargo, no ha conseguido implicar al tejido vecinal para que estos espacios pasen a ser lugares de autogestión y cuidados por la ciudadanía de manera informal.

El caso de Madrid

El fenómeno de los huertos urbanos en la Comunidad de Madrid es de lo más prolíficos entre otros motivos porque de acuerdo con la conjetura analítica que guía este artículo, es en las grandes urbes donde más se acusa la soledad no deseada de personas de todas las edades. De hecho, en Madrid existe la Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid. Esta red tiene su origen en 2010 bajo las siglas *ReHdMad!* con la idea de coordinar las diferentes iniciativas comunitarias, abiertas y ecológicas del territorio de Madrid que potencian la conciencia sobre la importancia de la agricultura urbana, pero que al mismo tiempo sirvan de espacios de dinamización vecinal y de fomento de la cohesión grupal y comunitaria. Al tratarse de una red de huertos urbanos autogestionados y de lógica horizontal, se organiza a través de una asamblea mensual a la que asisten las personas integrantes de los diferentes huertos dispersos por la amplitud del territorio madrileño. El propósito de esta red es tratar de trazar simpatías entre unos huertos urbanos, trabajando así de manera colectiva y resignificando espacios cotidianos, con una mirada que persigue ofrecer una alternativa al modelo de gestión y producción agrícola capitalista. En esta red, es frecuente la utilización de la técnica del mapeo, pues se encuentran dentro del proyecto *Mapunto* que cartografía y sistematiza las iniciativas sociales y alternativas existentes en Madrid.

La técnica del mapeo es una herramienta propia del Trabajo Social Comunitario, que busca la puesta en valor de los saberes de las personas vecinas, situando en el centro a aquellos saberes subalternos que han permanecido silenciados en muchas situaciones y

momentos. Como técnica de intervención social comunitaria, la construcción del mapa devuelve la representación visual de un territorio, de un espacio, pero siempre desde una óptica subjetiva donde las personas son las protagonistas en la creación y organización de los saberes cotidianos, las experiencias y el conocimiento informal. Es también una información peculiar de esta red, el intento de sistematizar a través de literatura académica el desarrollo de las prácticas, para servir de guía a otras iniciativas de similar corte. Esta sistematización de la práctica se puede desarrollar gracias al apoyo de personas integrantes de estos huertos que provienen del mundo de la Academia, así como gracias al apoyo de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM). Así describe Fernández de Casadevante (2012) qué son y qué significan los huertos urbanos en Madrid: son espacios públicos autoconstituidos y abiertos a la participación ciudadana de toda aquella persona que lo deseé; las decisiones se toman de manera colectiva, con una planificación de espacios y del uso desde una lógica horizontal; son espacios verdes sostenibles porque funcionan bajo los principios de la agroecología; son espacios gratuitos, no hay nada privado en estos lugares y se encuentran en espacios urbanísticamente desarrollados.

En esta red madrileña tiene mucha importancia el aspecto social de estos espacios. Así, se puede afirmar que han conseguido lograr que estos huertos comunitarios se conviertan en espacios inclusivos, que favorecen la renovación de tejidos grupales, comunitarios y asociativos, que dan vida a los barrios y que suponen una herramienta muy potente para la intervención social con poblaciones de personas jóvenes, centros educativos, centros de día de personas mayores o de terapia ocupacional, centros de inserción sociolaboral, centros de atención a la salud mental, etc. En definitiva, suponen un modelo alternativo al hegemónico de habitar y estar en la ciudad, algo así como una forma diferente desarrollar el urbanismo participativo.

Ejercicios de microurbanismo que al implicar a los habitantes en la transformación material de su entorno facilitan la apropiación espacial por parte de los ciudadanos, la redefinición de identidades colectivas a nivel local y una percepción más positiva del territorio, mediante la recuperación activa para el cultivo de lugares degradados (Fernández de Casadevante, 2012, p. 63)

También en Madrid capital se encuentra un ejemplo clásico. Es el caso del huerto urbano de Aliseda 18. Se creó en 2012 y se encuentra en el barrio de Puerta Bonita (Carabanchel). Tiene su origen en un grupo de investigación universitario y en una asociación vecinal de barrio que buscaban tejer sinergias y convertir un espacio socialmente degradado en un lugar que permitiera el compartir experiencias mediante la puesta en marcha de un huerto urbano. Este huerto está inserto en un espacio físico donde no hay calles bien delineadas y organizadas, sino que la construcción del barrio fue sobre la marcha, con numerosos espacios vacíos que aparentemente, no pertenecen a nadie. Es un barrio que, debido a su desarrollo desorganizado, no se pensó en la necesidad de crear espacios verdes para el ocio y el disfrute, sino que fueron amontonando y priorizando la generación de pisos colmena de ladrillo visto y toldos verdes, clásicos de la geografía del Sur de Madrid. Gracias al proyecto de huerto urbano de Aliseda 18, estos espacios sin dueño han sido resignificados por el movimiento vecinal del barrio. “Dichos intersticios urbanos que han permanecido sin uso durante décadas se descubren ahora como oportunidades para mejorar la sostenibilidad urbana” (Fernández-Nieto y Gallego, 2013, p. 107).

Aliseda 18 se presenta como un lugar social porque pretende favorecer la participación vecinal, fomentar los vínculos comunitarios e implicar a las diferentes vecinas en resignificar los lugares deprimidos en espacios habitables. Además, se presenta también como un lugar educativo porque en torno al huerto urbano, se generan aprendizajes por medio del intercambio de saberes, así como se fomentan hábitos de vida saludables, poniendo en el centro el contacto directo con el medio natural. Las personas integrantes de este huerto hablan de diferentes tipos de sostenibilidad: *sostenibilidad ambiental* en tanto que han aprovechado áreas degradadas para darle un nuevo uso; *sostenibilidad relacional* porque se ha convertido en un lugar de encuentro de personas de diferentes contextos culturales, así como de personas de diferentes generaciones; *sostenibilidad económica* porque consumen los propios alimentos que cultivan, si bien es cierto que no llegar a cubrir sus necesidades, pero sí supone una forma de autoabastecimiento alimentario. Además, se habla de un tipo de *sostenibilidad ilusional* porque se produce un encuentro entre lo humano y lo social, frente a un deterioro de las relaciones sociales y un auge del individualismo. “Desde esta perspectiva se plantea constatar si la recuperación del espacio urbano de forma participativa puede su - poner una bocanada de aire fresco, una acción que devuelva la ilusión cuando ésta desaparece de otros ámbitos de la vida” (op. cit. p. 116).

En definitiva, Madrid es un buen ejemplo de cómo estos movimientos alternativos en búsqueda de la cohesión social y contrarios al orden individualista y mercantilizado que circunda muchas de las relaciones sociales madrileñas. “En el caso de Madrid, este imaginario ha cobrado, además, un sentido particular. La ciudad se reivindica como sensible, siendo una cualidad desbordante desde la que imaginar, discutir y reivindicar lo público y lo común en diferentes ámbitos” (Sama, 2016, p. 174).

OBSERVACIÓN Y REFLEXIÓN PARTICIPANTE SOBRE EL PROYECTO “ENSANCHA EL HUERTO” EN ALCORCÓN (MADRID)

En el joven barrio del Ensanche Sur de Alcorcón se han desarrollado dos tipos de agricultura urbana. Por una parte, en unas tierras que lindan con Fuenlabrada hay unos huertos ecológicos llamadas *Tierra de huertos* cuyo objetivo es la producción de alimentos de origen ecológico como forma de ahorro en la cesta de la comida. Se trata de una iniciativa privada mediante la cual las personas alquilan una parcela y trabajan la tierra de manera individual o familiar, pero no interviene un interés especial en la creación de vínculos comunitarios y de restablecimiento del tejido vecinal, sino que es un espacio puramente de hortelanos urbanos.

Existía también hasta 2024 un huerto urbano comunitario llamado *Ensancha el huerto*, sobre el que tratará este epígrafe del trabajo. Esta reflexión es también una forma de recordar una iniciativa que dejó de existir debido a la expulsión del terreno por uso inapropiado ya que pertenece a la Comunidad de Madrid y, finalmente, a pesar de la lucha por la continuidad del proyecto del huerto, se ha producido la construcción de pisos del Plan Vive de Alquiler Asequible. *Ensancha el huerto* surge en 2013, casi al mismo tiempo en la que se crea esa fase del barrio donde se situaba el huerto hasta hace unos meses. Se trataba de una iniciativa impulsada en su totalidad por personas vecinas del barrio, sin contar con nin-

gún tipo de apoyo institucional. En un principio también formaban parte de este proyecto, la Asociación Vecinal Creando Barrio, pero abandonaron la iniciativa pues entendían que, si el huerto no intentaba lograr apoyo institucional, su trayectoria sería inestable y poco duradera, como así ha sucedido.

El objetivo principal de este huerto urbano era el de resignificar la cantidad de parcelas pertenecientes a la Comunidad de Madrid que se han quedado vacías en el barrio, parcelas de grandes dimensiones que distancian unas construcciones con otras. Estas parcelas fueron valladas para evitar que nadie entrará en ellas, sin embargo, el paso del tiempo ha hecho que las personas las utilicen como recinto cerrado para que los perros de barrio jueguen, tristemente también se han convertido en lugares llenos de basuras y escombros o en el mejor de los casos, se ha resignificado el espacio dando lugar a un huerto urbano. El huerto se asentaba en uno de estos solares pertenecientes a la Comunidad de Madrid, lo que implicaba una situación permanente de vulnerabilidad y la posibilidad constante de expulsión al no ser un uso autorizado administrativamente.

Ensancha el huerto era de interés desde el punto de vista de la investigación social por la potencia de su proyecto. Sus componentes se definían como decentistas, partidarios del control del consumismo y bajo ese paraguas pretendían dar otro uso a espacios abandonados. En sus propias palabras, “*no se trataba de irse muy lejos, aquí al lado teníamos un espacio al que darle otro sentido y enfrentarnos al abandono de la burbuja inmobiliaria. Aquí hay hueco para todos*”.

Los objetivos de *Ensancha el huerto* eran la creación de un espacio de formación en materias tan diversas como la ecología, el cine alternativo, el feminismo, la lectura, movimientos políticos, el arte callejero, la alimentación vegana, el bienestar animal, el reciclaje o la jardinería. Esta forma de entender el grupo, de acuerdo con Teresa Rosell (1995) encajaría en la clasificación de grupos socioeducativos, porque se organizan talleres, jornadas, encuentros lúdicos pero todos ellos con el objetivo de formar y adquirir conocimientos por medio del proceso grupal de compartir unas personas con otras sus saberes. Se podía percibir la intersección entre lo social, lo lúdico y lo pedagógico en un espacio comunitario. Ahora bien, siguiendo a Rosell nuevamente, la vertiente más crítica y combativa de este proyecto de huerto urbano, también encajaría con la tipología de grupos de acción social. “Cuya finalidad es la de conseguir objetivos sociales, los cuales van más allá del beneficio que puedan conseguir los propios individuos que constituyen el grupo” (Rosell, 1998, p. 112). Evidentemente este tipo de proyectos comunitarios, también aportan cambios y beneficios a nivel personal, por ejemplo, la observación de una madre que acudía dos tardes en semana a que sus hijos realizaran las tareas del colegio allí para que las otras integrantes del huerto les ayudaran con apoyo escolar que ella no podía ofrecerles.

En definitiva, se había convertido en un espacio de aprendizaje abierto a todo el mundo que quiera participar. Estaba conformado por unas treinta personas, si bien es cierto que no todas hacían el mismo tipo de uso, y es conveniente diferenciar dos tipos de uso de este espacio. Uno de los grupos, formado especialmente por personas de más edad, realizaban un uso de parcela cerrada dentro del espacio okupado y la producción hortelana de trabajar la tierra era de uso individual.

Esta forma de habitar el espacio confrontaba directamente con la filosofía de *Ensancha el huerto*, como así lo demuestra la observación realizada en este espacio, siendo una situación compleja y complicada pues implica la colisión de diferentes formas de entender y comprender los usos de los espacios comunes. Sin embargo, se entendió que debía dar respuesta también a las necesidades y las expectativas de las personas más mayores del proyecto, así que, por este motivo, la asamblea del huerto decidió respetar esta idiosincrasia un tanto contradictoria con los valores del espacio comunitario con la idea de que nadie se sienta excluido del lugar y todo el que lo deseara pudiera formar parte del proyecto.

El otro grupo era el conformado por familias y personas individuales que trabajan la tierra para compartir lo que producen, y que se organizan desde una lógica horizontal, tomando todas las decisiones por medio de una asamblea celebrada con una periodicidad mensual (aproximadamente) y también gracias a un grupo de WhatsApp donde se organizan y se facilita una comunicación más fluida. El fin de este grupo era el de entender el huerto como un espacio colectivo y comunitario, abierto a todas las personas vecinas, donde se puedan proponer actividades, talleres, jornadas y donde lo lúdico y lo pedagógico se complementen con la reivindicación social y político. Al fin y al cabo, una forma de hacer frente al individualismo del barrio, ya que al final se había convertido en un lugar donde se compartía lo cotidiano y donde se refugian de la soledad de este tiempo. Algo así como un pegamento social.

Los huertos urbanos terminan por establecer una serie de prácticas cotidianas o festivas (celebraciones, comidas populares, eventos, etc.) que funcionan como la argamasa que cohesiona a los grupos y lleva a una comunidad a producirse y a reconocerse a sí misma como tal. Es en la propia acción colectiva de movilización ciudadana la que produce “comunidad” en el ejercicio de su acción y en base a las propias prácticas participativas y colectivas de “hacer común” y compartir bienes comunes en el espacio urbano (Del Viso, Fernández de Casadevante y Morán, 2017, p. 458).

En cuanto a la existencia de técnicos expertos, como no es un huerto institucionalizado, ni si quiera es legal, no existe la figura del profesional en este espacio, todas las integrantes son vecinas sin jerarquía ninguna. La organización estaba basada en la tipología de grupo autodirigido, pero sin perder de vista que no existe la figura de la profesional técnica experta. Se trataba de un espacio donde no existían los conocimientos privilegiados de unas personas sobre otras, donde no se sabía la subalternización de saberes, sino que existía una democratización de saberes donde el arquitecto del grupo colaboraba aportando sus conocimientos sobre gestión del terreno, de la misma forma que otra vecina aportaba sus conocimientos sobre jardinería debido a su experiencia profesional, y también había quien simplemente (y muy valiosamente) debido a poseer una mayor fuerza física, se encargaban de transportar los bidones de agua por la imposibilidad de tener agua corriente en el solar. Lo interesante de este compartir saberes es precisamente que a partir del cultivo de alimentos se potencia la convivencia de personas con conocimientos y experiencias distintas que posibilitan el aprendizaje compartido (Bellenda et al., 2019; Alcántara y Larroa, 2022).

Esto era una forma de poner en común los saberes, una equiparación de saberes, tal y como persigue el Trabajo Social Comunitario. De acuerdo con Blokland (2017) se puede afirmar que este espacio era una comunidad de base territorial local, en tanto que poseía una producción compartida de símbolos y narrativas, pues las integrantes del huerto poseían diferentes identidades, pero también tenían una identidad grupal compartida como hor-

telanas e impulsoras de este espacio, y por supuesto, se colectivizaba un claro sentido de pertenencia. Este huerto es un ejemplo de vínculo comunitario en lugares nada favorables a la cohesión social, pues los procesos de individualización son fuertes y ampliamente asentados, ya que se encontraba rodeado de lo que ha sido llamado como *gated communities*¹.

En definitiva, *Ensancha el huerto*, permite reflexionar sobre el potencial de este tipo de iniciativas para el Trabajo Social Comunitario. En primer lugar, evidencia la capacidad de los huertos urbanos para generar espacios de cuidados, donde se entrelazan cuidados humanos y cuidados del territorio, ampliando así el enfoque tradicional del trabajo comunitario hacia una perspectiva ecosocial. Además, muestra que el fortalecimiento del vínculo social no se deriva exclusivamente de dispositivos institucionales, sino que puede emergir de prácticas autoorganizadas que operan fuera de los marcos formales de la intervención. Era un espacio que permitía combatir la soledad no deseada, favorecer el apoyo mutuo y reconstruir la pertenencia territorial en contextos barriales donde el anonimato y la fragmentación social dificultan (o imposibilitan) los lazos comunitarios.

Eso sí, no se debe obviar que esta experiencia muestra el potencial de lo comunitario, pero también la fragilidad de este tipo de experiencias ciudadanas cuando la lógica hegemónica persigue el crecimiento, la maximización del uso del suelo y la mercantilización. Desde el Trabajo Social esta experiencia recuerda que la fragilidad de la participación comunitaria requiere no solo acompañamiento metodológico y técnico, sino también condiciones estructurales que garanticen la sostenibilidad de los proyectos.

LOS HUERTOS URBANOS Y SU RELACIÓN CON LA INTERVENCIÓN SOCIAL. ¿QUÉ PUEDEN APORTAR AL TRABAJO SOCIAL COMUNITARIO?

Si se consideran los beneficios que aportan los huertos urbanos al tejido comunitario de un territorio, parece razonable pensar que en espacios con alta diversidad social y un fuerte compromiso político, se estuvieran dando iniciativas desde el ámbito de la intervención social y, más concretamente, desde la perspectiva del Trabajo Social Comunitario. Sin embargo, esto no siempre es así, y una revisión bibliográfica ha permitido comprobar que son escasas las experiencias de intervención social en huertos urbanos que se están dando en el contexto español o al menos, no se sistematización para que sean accesibles. Únicamente hay sistematizadas algunas iniciativas incipientes como el caso comentado previamente de Benimaclet en Valencia (Gómez-Cuenca, 2012) o la experiencia de Pachecho (2016) en Sevilla, que, sin embargo, no habla de huertos urbanos tal y como los hemos entendido en este trabajo, sino de huertos insertos en el propio espacio de las residencias de mayores o en otros recursos o centros sociales.

Cabe señalar una reflexión en torno a actuar de puertas hacia dentro desde el Trabajo Social, pues se tienden a organizar actividades dentro de los propios centros, de puertas hacia dentro cuando, a pesar de que en el propio barrio en el que se inserta el recurso

.....

¹ Las *gated communities* o urbanizaciones de manzana cerrada que se han extendido por los ensanches de los barrios y municipios de Madrid en los últimos años. Son complejos residenciales cerrados hacia el exterior, donde la posibilidad de hacer encuentros en el parque, en la calle, en las plazas es realmente complicada porque las habitantes se mueven en coche y todo el orden social es privado. La vida se hace hacia la manzana cerrada, los edificios se llenan de cámaras de seguridad y de puertas, y lo ajeno pasa a ser percibido como peligroso.

puedan existir iniciativas vecinales. Así, no resulta extraño escuchar que un centro de rehabilitación psicosocial tiene un huerto, que una residencia de mayores tiene un huerto o que una escuela de educación especial tiene un huerto, pero no tanto que se ha acudido al exterior a participar de proyectos vecinales. Esta reflexión es una propuesta de ir más allá en la planificación de las intervenciones grupales con perspectiva comunitaria y tratar de entender que se ha de contar con los recursos del territorio, que se ha de salir hacia fuera y estar con la comunidad, estar en el barrio, y que las poblaciones con las que se interviene estén en contacto con lo comunitario y lo local.

Este artículo es un impulso para repensar desde el Trabajo Social las posibilidades que ofrecen los huertos urbanos como espacios de socialización, de cohesión social y de aprendizaje colectivo. En contextos urbanos atravesados por la fragmentación, la soledad no deseada y la pérdida de espacios de encuentro estos huertos se presentan como oportunidades de reconstrucción del vínculo social, donde reactivar formas de apoyo mutuo, incentivar la participación informal y la cooperación cotidiana.

Entender los huertos como un medio para que determinadas poblaciones consigan sus objetivos como pueden ser ralentizar el deterioro cognitivo si nos referimos a personas mayores, formar en habilidades hortícolas si nos referimos a personas en talleres de inserción sociolaboral, recuperar rutinas y dinámicas de trabajo si nos referimos a personas sin hogar o enseñar por medio del aprendizaje cooperativo en contextos naturales si nos referimos a menores y jóvenes. Todo ello, integrando estos procesos de cambio en un espacio comunitario, que favorece la vida en el barrio y el vínculo vecinal. Permitiendo al Trabajo Social pasar a la intervención “con” acompañando relaciones espontáneas y naturales que difícilmente pueden ser replicadas en dispositivos institucionales.

Se aspira aquí a una reflexión que apueste por conectar a determinadas poblaciones sujeto de intervención del Trabajo Social con estos espacios comunitarios abiertos a toda la ciudadanía. Salir de las cuatro paredes de los centros antes comentados, para que no sea necesario crear un huerto *ad hoc* en una residencia de personas con discapacidad siempre y cuando exista este recurso vecinal en el propio barrio. Se trata de ir más allá y entender a los huertos urbanos no solo desde los beneficios que puede aportar desde una mirada socio-terapéutica, sino que es una propuesta por entender los huertos urbanos como un pretexto y un medio para que estos colectivos (muchas veces estigmatizados, como en el caso de la salud mental, de las personas menores infractoras o de las personas migrantes) se relacionen con personas en otros contextos. Entendiendo el potencial de los huertos urbanos como estrategias contra la soledad no deseada y el aislamiento social, donde se pueden generar rutinas compartidas, donde la participación no es obligatoria, donde se busca recuperar la identidad colectiva y el sentido de pertenencia donde compartir saberes, costumbres y significados culturales del cuidado a la tierra.

Al mismo tiempo que se realiza una función de cohesión social y como lugares donde se puede producir una democratización del saber, reconocimiento saberes subalternizados y estigmatizados. Esto es la posibilidad de que los huertos urbanos sean espacios culturales democráticos donde la trabajadora social actúa de facilitadora. Entiende Pacheco (2016) que las profesionales del Trabajo Social son las profesionales que han de encargarse de gestionar y potenciar este tipo de proyectos buscando siempre que se pueda la participación de las personas atendidas y también del resto de la comunidad.

En este supuesto, y a diferencia de lo que pasa en la gran parte de las experiencias sistematizadas anteriormente, sí que se contempla la figura de una trabajadora social, así como de otras profesiones afines como la Psicología y la Educación Social sería adecuado contar con la figura de una profesional técnica experta en gestión de grupos, como parte fundamental para que el proceso sea lo más satisfactorio posible no solo para las poblaciones atendidas, sino para el propio proyecto social del huerto urbano. La figura de una trabajadora social con formación y experiencia en gestión y dinamización grupos comunitario se torna interesante en tanto que, “se destaca el enorme potencial del trabajo social con grupos como instrumento capaz de facilitar la creación de vínculos, el desarrollo de redes sociales, promover la ayuda mutua y proporcionar un espacio de reflexión y aprendizaje, así como respaldar iniciativas grupales de los propios usuarios” (Martín y García, 2008, p. 43).

En esta línea de repensar los huertos urbanos como herramienta para la intervención social grupal y comunitaria, es interesante recoger unas palabras de Martínez-González (2018) en un artículo titulado *Repensar la intervención social con grupos: premisas y orientaciones para una práctica transformadora*, cuando se refiere al enorme potencial de los grupos, no solo a nivel individual y comunitario, sino también a nivel individual. Y la responsabilidad de las profesionales, que tienen que favorecer precisamente eso, que, con el paso del tiempo, se pueda apreciar como los grupos están conformados con personas con sus propias características. “El grupo tiende a actuar inicialmente como un ente aglutinado que, poco a poco, y como fruto de un buen acompañamiento, deberá ir disgregándose, de manera que se puedan hacer visibles todos y cada uno de los sujetos que lo componen en su complejidad” (p. 375).

Los huertos urbanos suponen espacios de relación próximos al territorio, pero no solo eso, sino que también pueden darse relaciones y formas de participación que combaten el individualismo. Se ha comprobado como los huertos urbanos pueden ser espacios comunitarios que favorezcan y garanticen de relaciones sociales para combatir la soledad no deseada tan intensa en las grandes urbes, con una resignificación colectiva de las posibilidades de vínculos sociales. También estos espacios se han convertido en lugares donde compartir luchas sociales en búsqueda de la justicia social, tratando de unificar alianzas con dinámicas de resistencia frente a esferas de poder opresivas que intentan todo lo que está a su alcance para desintegrar la utilización y el disfrute compartido de los espacios públicos como parques, calles o plazas, con una privatización del espacio público o común, como lógica de poder urbana (Fantini, 2016).

Frente a esto, los huertos urbanos son ejemplo de comunidades locales que se organizan para intentar conseguir a un nivel micro que espacios urbanos deprimidos y degradados, tengan un nuevo valor de uso buscando siempre la idea de rehabilitación relacional. Así, los huertos urbanos emergen como posibles espacios de reparación simbólica en barrios o lugares que han sufrido procesos de abandono institucional, de degradación de lo colectivo, de pérdida de identidad local y territorial y, por supuesto, de ruptura de redes vecinales. Esto se lograría intensificando las relaciones sociales y los vínculos vecinales (Fernández de Casadevante y Ramos, 2010).

CONSIDERACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS HUERTOS URBANOS

Es innegable que los huertos urbanos están de moda, han pasado de ser algo reservado a colectivos de personas muy implicadas en la lucha por el derecho a vivir en ciudades habitables, a movimientos en búsqueda de espacios verdes en mitad del asfalto y a grupos comprometidos con la resignificación de espacios comunes, a ser algo que hasta interesa a la Administración pública o a determinadas empresas que se presentan como bioecológicas. Hay autores que llegan a afirmar incluso que existe una burbuja hortícola en grandes urbes como Barcelona (Martín-López, 2016). Este autor argumenta su afirmación teniendo en cuenta el negocio que se ha desarrollado a partir de la agricultura urbana, apunta que existe cierto esnobismo en esto de pertenecer a un huerto urbano. Ya existen indicadores de mercantilización de la agricultura urbana, lo cual es un riesgo para la credibilidad de numerosas luchas vecinales que se integran en huertos urbanos. “No hay empoderamiento si la producción de la agricultura urbana se da por moda y esnobismo” (p. 17). Se convierten muchas veces en un disparadero perfecto de gentrificación de los barrios. Además, este autor advierte del riesgo de agrupar bajo el paraguas de lo comunitario a cualquier iniciativa de agricultura urbana, es comunitario si las decisiones se toman en comunidad, siguiendo una lógica horizontal y empleando la técnica de la asamblea. Es un riesgo pensar que algo es comunitario por el simple hecho de ser colectivo y estar abierto al público, poco tienen de comunitario experiencias protocolarizadas e institucionalizadas sin las propias personas integrantes no pueden decidir sobre los procesos. También es habitual que el lugar sea comunitario, pero existan utilizaciones de este espacio individuales como sucede en la experiencia barcelonesa de Can Masdeu o en Ensancha el huerto en Alcorcón.

También entre los cuestionamientos que se suelen hacer a estos espacios de agricultura urbana, se encuentra la inseguridad del terreno en lo que al ámbito químico se refiere. Es decir, muchas veces estos huertos tienen lugar sobre terrenos que han estado abandonados mucho tiempo, y la tierra puede contener metales pesados como zinc, cadmio o manganeso que las plantas absorben (Ruiz-Morales, 2019). Hecho que sí puede suponer un riesgo para la salud si se consumen los productos plantados en esta tierra, y el espacio no se utiliza únicamente como pretexto de encuentro vecinal. Asimismo, otra de las críticas tiene que ver con la ausencia de reconocimiento legal que sufren muchos de ellos, es frecuente que se encuentren en una situación permanente de alegalidad como el caso de estudio reflexionado en Alcorcón. La solución tal vez no sería su institucionalización, pero sí obtener de alguna forma un tipo de reconocimiento que pueda afrontar la inseguridad y precariedad que sufren muchas de estas iniciativas, afectando a la estabilidad y continuidad de los espacios (Morán y Fernández de Casadevante, 2014).

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo de reflexión y análisis acerca del fenómeno de los huertos urbanos se han expuesto las potencialidades de estos espacios de agricultura urbana para el desarrollo y el fortalecimiento de vínculos grupales y comunitarios, como una forma saludable de revertir la creciente oleada de soledad no deseada en las grandes urbes, que afecta con mayor incidencia a las capas poblaciones de mayor edad, pero que no se ha de olvidar que también afecta y compromete la salud mental de personas de diferentes horquillas de edad.

Los huertos urbanos se han mostrado como una herramienta con una gran capacidad de cambio y cohesión social para la intervención social comunitaria en contextos locales, de barrio, vecinales que permitan de una forma accesible combatir las lógicas individualistas que azotan la sociedad actual. Algo así como considerar los huertos urbanos como “micro-utopías reales” siguiendo a Wright (2019), como una práctica cotidiana que, aun siendo pequeña, minúscula a nivel macro, mostraría un modelo alternativo de la sociedad poscapitalista.

Un pequeño recorrido por el desarrollo del fenómeno de los huertos urbanos ha posibilitado entender cómo el ser humano a pesar de la distancia que ha sufrido con el mundo natural por la proliferación de las grandes urbes industriales siempre ha buscado de alguna forma el contacto con lo terrenal del cultivo y la agricultura, encontrando en los huertos urbanos una modalidad de acercamiento a los orígenes naturales de las personas. Pero los huertos urbanos, en efecto, como se ha demostrado suponen una ruptura con el modelo tradicional de entender y ejercer el cultivo, no son un espacio de esfuerzo físico para subsistir y solo para cultivar alimentos (aunque mucho tienen que ver también con la lucha colectivo por los procesos de soberanía alimentaria), sino que también y principalmente, los huertos urbanos como explican las personas expertas en la materia poseen una mundo de posibilidades para el desarrollo comunitario, la educación ambiental y la reversión de la individualización de la vida en pro de la cohesión y la unión social.

Asimismo, se ha realizado un recorrido a lo largo de diferentes iniciativas repartidas geográficamente por el territorio nacional para poner en valor tanto proyectos autogestionados, donde no medio la Administración pública y donde la tendencia es a tomar las decisiones de forma horizontal a través de espacios de consenso asambleario, y también se han recogido experiencias institucionalizadas con el amparo y el apoyo de organizaciones públicas como pueden ser consistorios locales. Lo interesante de estas iniciativas es que ya sea desde un prisma o desde otro, se han revertido dinámicas de abandonos de espacios colectivo a favor de la gestación de espacios de socialización comunitaria. Han pasado a ser espacios urbanos donde desarrollar la sostenibilidad ambiental, económica y las más relevantes para el Trabajo Social, la sostenibilidad relacional y la sostenibilidad de ilusiones, pues se han convertido en lugares donde se deshecha la subalternización de saberes y donde las personas pueden aportar bajo lógicas de equidad y respeto.

Desde el punto de vista de la intervención social, concretamente desde el Trabajo Social Comunitario, los huertos urbanos son una herramienta de mucho valor para el fomento de los vínculos en espacios de alta diversidad social. Si bien es cierto que se ha comprobado cómo es una propuesta innovadora, en fase prematura de gestación, y que la revisión bibliográfica devuelve una falta de compromiso e interés por parte del Trabajo Social con los huertos urbanos, las pocas experiencias sistematizadas dan cuenta del potencial de estos espacios para los procesos de intervención con colectivos y personas en diversas circunstancias (personas mayores, personas con discapacidad, personas con diagnósticos de salud mental, personas jóvenes e infancia, personas en programas de inserción sociolaboral, etc.). En la reflexión sobre la intervención social en relación con los huertos urbanos se pone en duda la tradición de generar huertos de puertas hacia dentro de una institución (por ejemplo, en una residencia de personas mayores o en un centro de rehabilitación en salud mental) cuando se cuenta con recursos propios en el barrio como la existencia de huertos urbanos. Así, se reflexiona en este artículo sobre la importancia y la relevancia de

que el Trabajo Social recuperar la calle, los espacios de socialización para tratar de insertarse e incluirse en proyectos vecinales, estando en el barrio y con el barrio. Esto se, una apuesta por conectar a las poblaciones sujeto de intervención social del Trabajo Social con aquellos espacios comunitarios abiertos, como un pretexto para que las personas se relacionen con personas en otros contextos, y también para las personas ajenas al mundo de la intervención social toman contacto y conciencia de otras realidades sociales y vitales.

Finalmente, se ha de mencionar la importancia de una regulación que proteja y ampare este tipo de iniciativas, siempre respetando lo comunitario y lo colectivo, no solo para que la resignificación de espacios muchas veces abandonados o degradados no se vea amenazada por otros intereses y se rompa la continuidad, como ha sucedido con el caso de análisis trabajado en este artículos en el municipio madrileño de Alcorcón que se actuaba desde la alegalidad, sino para que estos proyectos puedan desarrollarse y crecer pues el encuentro vecinal y social que procuran es de gran valor para revertir la conjetura analítica que acompañaba el inicio de esta reflexión, la lucha contra la soledad no deseada en espacios urbanos y semiurbanos que afecta a personas de todas las edades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcántara, N., y Larroa, R. (2022). La mutifuncionalidad de los huertos urbanos en la Ciudad de México. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, 39(83), 187-229.
- Álvarez-Ferri, S. (2012). *Huertos orgánicos como instrumento estratégico para la regeneración urbana en Canarias*. Tesis de maestría, Universidad Internacional de Andalucía.
- Arredondo, D. (2017). Cuatro iniciativas de agricultura urbana en la ciudad frente a la banalización del paisaje histórico urbano. *Zarch. Journal of interdisciplinary studies in Architecture and Urbanism*, 8, 228-250.
- Ballesteros, G. (2014). Iniciativas de agricultura urbana y peri-urbana en España. *II Congreso de agricultura ecológica urbana y peri-urbana. Huertos urbanos, autoconsumo y participación social*, 1-12.
- Bellenda, B., Caggiani, S., y Farroppa, S. (2019). Aprender junto a la naturaleza. En: H. Morales, M. E. García, G. Bermúdez, y B. Ferguson (Eds.), *Huertos educativos. Relatos desde el movimiento latinoamericano*. El Colegio de la Frontera Sur.
- Blokland, T. (2017). *Community as Urban Practice*. Polity Press.
- Del Viso, N., Fernández de Casadevante, J.L. y Morán, N. (2017). Cultivan relaciones sociales. Lo común y lo “comunitario” a través de la experiencia de dos huertos urbanos de Madrid. *Revista de Antropología Social*, 26 (2), 449-472.
- Fantini, A. (2016). *Cultivando ciudades. La agricultura urbana y periurbana como prácticas de transformación territorial, económica, social y política*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Fernández de Casadevante, J.L. y Morán, N. (2012). ¡Nos plantamos! Urbanismo participativo y agricultura urbana en los huertos comunitarios de Madrid. *Habitat y Sociedad*, 4, 55-71.

- Fernández de Casadevante, J.L. y Ramos, A. (2010). Aceras, plazas y parques: la potencialidad de la ecología urbana y las prácticas barriales. *Papeles. Revista de Relaciones Ecosociales y cambio global*, 111, 67-76.
- Fernández Drogue, F. (2009). *La observación en la investigación social: La observación participante como construcción analítica*. Revista Temas Sociológicos, 13, 49-66.
- Fernández-Nieto, M.A. y Gallego, J. (2013). Aliseda 18. Un huerto comunitario procedente de la recuperación vecinal del espacio urbano. *Hábitat y Sociedad*, 6, 105-118.
- Gómez-Cuenca, D. (2012). La primavera florece con los Huertos Urbanos Vecinales de Benimaclet. *TSNova: Trabajo Social y Servicios Sociales*, 6 (2), 81-84.
- Harvey, D. (2008). El derecho a la ciudad. *New Left Review*, 53, 23-39.
- Latouche, S. (2009). *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Icaria
- Martín, A. y García, L. (2008). El grupo como viaje de transformación personal y social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 21, 43-61.
- Martín-López, R. (2016). La agricultura urbana en el metabolismo de la ciudad: La burbuja hortícola de Barcelona y sus elementos de transformación social. *XII Congreso Español de Sociología. Grandes transformaciones sociales, nuevos desafíos para la sociología*, 1-22.
- Martínez-González, A. (2018). Repensar la intervención social con grupos: premisas y orientaciones para una práctica transformadora. *Cuadernos de Trabajo Social*, 31 (2), 369-379.
- Martínez-Madrid, B. et al (2013). Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid. Prácticas y reflexiones colectivas. *Hábitat y Sociedad*, 6, 129-137.
- Morán, N. y Fernández de Casadevante, J.L. (2014). A desalambrar. Agricultura urbana, huertos comunitarios y regulación urbanística. *Habitat y Sociedad*, 7, 31-52.
- Pachecho, L. (2016). Bancos del tiempo y huertos urbanos como herramientas para el Trabajo Social en la investigación gerontológica. *Documentos de Trabajo Social*, 57, 19-37.
- Puente Asuero, R. (2015). *Los huertos urbanos comunitarios en Andalucía. Conceptualización, identificación y claves para su gestión*. Tesis doctoral, Universidad Pablo Olavide de Sevilla.
- Quesada, M.A. y Matas, A.J. (2018). El huerto urbano como herramienta de transición socioambiental en la ciudad. *Revista Universitaria de Cultura*, 21, 4-11.
- Ritcher, F. (2017). Los huertos urbanos y el cultivo de sí. La agricultura urbana en España y el País Vasco como experiencia de ocio emergente y fenómeno social en expansión. Tesis doctoral, Universidad de Deusto.
- Rosell, T. (1995). El grupo socioterapéutico. *Revista de Trabajo Social y Salud*, 21.
- Rosell, T. (1998). Trabajo Social de grupos: grupos socioterapéuticos y socioeducativos. *Cuadernos de Trabajo Social*, 11, 103-122.
- Ruiz-Morales, J. (7 de abril de 2019). Huertos urbanos: ¿sí o no? La mirada común. Recuperado de <https://lamiradacomun.es/opinion/huertos-urbanos-si-o-no/>

- Sama, S. (2016). De la Smart city a los huertos comunitarios. En Cruces, F. (Ed.), *Nuevas maneras de ser urbanos*. Gedisa.
- San José, A. (2017). Nuevas formas de humanizar y regenerar los espacios urbanos obsoletos: Un ejemplo práctico: Los huertos comunitarios. En Pérez-Cano, M.T. y Navas, D. (Ed.), *Periferias urbanas: la regeneración integral de barriadas residenciales obsoletas*, (10-516). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Taylor, S. J., y Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós.
- Wright, E. O. (2019). *How to be an anticapitalist in the twenty-first century*. Verso.